**LA ÚLTIMA LUZ DE PARÍS**

**Pedro P. Enguita**

penguisa@yahpo.es

Tel: 665 98 98 74

Rambla Volart 28-30 1º3, 08041 Barcelona

El agente Hassan Bensoussan llegó a su trabajocon la puntualidad como bandera. Esperaba un nuevo día sin complicaciones, rutinario, una continuación del plácido aburrimiento en el que se venía arrastrando los últimos cien años. Asuntos banales, como poner un poco de orden en el caótico tráfico de París, mediar entre vecinos que se peleaban por el volumen de la música, ese tipo de cosas. A veces se recordaba a sí mismo que no era la vida que aspiró de joven, que hubo un tiempo en el que pensó que podría seralguien, en el que sus sueños tenían la garantía de ser el primero de su promoción en la facultad de derecho.

La mayor parte del tiempo Hassan se engañaba a sí mismo, se decía que así estaba bien, que no necesitaba más. Suprimía sus ambiciones porque no podían materializarse, estaba enfangado en un trabajo de segunda y siempre lo estaría. Pero, a veces, bajaba la guardiay afloraban heridas que no terminaron de cicatrizar.En esos momentosrevivía el día en el que se despertó a la cruda realidad del mundo, con su máster convertido en papel mojado y sus sueños hechos añicos.

Sus padres se lo advirtieron pero Hassan, con la arrogancia de los jóvenes, creyó que las reglas no estaban hechas para él, que era inmune al infame techo de cristal. Se tragó toda esa patraña de que la Constitución blindaba la igualdad de oportunidades, que el talento y el esfuerzo marcaban la diferencia.

Por supuesto, no era cierto. No lo era desde hacía trescientos años, desde la Singularidad. Todos sabían qué sucedió. Fue un tiempo convulso, caótico, en los que el terrorismo y la guerra se convirtieron en instrumentos válidos para solucionar conflictos, en los que naciones enteras se resquebrajaron víctimas de sus propias contradicciones y de los que se emergió con un nuevo pacto social que preservó la paz a costa de no satisfacer del todo a nadie.

Surgió una nueva clase social, una que lograba saciar el estómago a costa de aceptar sus limitaciones, de aplacar la rabia de la injustica adormeciendo su mente. Un estrato que, en el mejor de los casos, era tratado con condescendencia. El propio Hassan se tuvo que rendir a la inapelable realidad; cuando opositó a policía se tragó su orgullo y pidió una de las plazas «adaptadas a la diversidad».

El pecado de Hassan es que era humano. De haber nacido máquina las cosas hubieran sido diferentes.

Hassan miró el gran reloj integrado en la pared que marcaba la hora con indolencia. Quedaban todavía unos minutos para que comenzara la jornada así que, cumpliendo una secuenciafosilizada por la costumbre, arrancó su implante yse dirigió a la máquina de café. Acercó a sus labios el intenso brebaje y sopló para que se enfriara.

–Hola Hassan –oyó a su espalda–. ¿No llevas tú el caso del grafitero?

Hassan se dio la vuelta para reencontrarse con la melena roja, rizada y efervescente, de Suzanne.

–Sí, es mi único caso –confirmó Hassan mirando abstraído su café–. Pero el grafitero no da señales de vida desde hace dos meses.

Suzanne enmudeció, la mandíbula suspendida en el aire, la ausencia de palabras formó un oscuro agujero en su boca.

–No has visto las noticias –dedujo.

Hassan abrió su conexión; las imágenes de la frenética red se sobreimprimieron a las que captaban sus ojos. Ojeó las noticias y los titulares le abofetearon con la fuerza de miles de retuits. Una noticia destacaba en todas las portadas. Allí estaba, palpitando con palabras grandilocuentes. Le Monde titulaba «Cristiano fanático siembra el terror en París».

Un nuevo grafiti. Venían apareciendo desde hacía seis meses pero, hasta ese momento, nadie había hecho demasiado caso porque, a pesar de ser actos vandálicos, se trataba de mensajes inofensivos, amparados en la libertad de expresión. Frases como «CREE EN DIOS», «JESÚS TE AMA», «LEE LA BIBLIA», cosas así.

Hassan llevaba meses detrás del autor. Era el único caso en su cartera y estaba seguro de que se lo habían asignado porque consideraban que no merecía la pena malgastar una IA en resolverlo, que era un asunto sencillo incluso para un humano. Hassan lo tomaba como un divertimento, una oportunidad para pisar la calle y, por unas horas, cumplir sus sueños de infancia y pretender que era un policía de verdad.

Hassan nunca sospechó que su insulso caso podía transformarse en un pandemónium, que los ojos de toda la nación se volcarían sobre él, exigiendo una solución inmediata.

Una nueva pintada, pero esa vez era diferente. El autor había traspasado la delgada línea que separaba la simple gamberrada del delito grave.

En pleno Arco del Triunfo, exhibiéndose a veinte metros de altura, un nuevo grafiti se burlaba de los torpes intentos de Hassan por detener a su furtivo autor. Y lo peor no era el acto vandálico contra un monumento nacional sino que, esta vez,las palabras sobrepasaban los límites de la libertad de expresión. Venían cargadas con una larga historia de odio y discriminación.

SOLO CRISTO DA LA VIDA ETERNA

El autor se enfrentaba a una pena de entre cinco y diez años de cárcel.

–Mierda –masculló Hassan.

Terminó su café en dos apresurados tragos y salió disparado al lugar del crimen.

En cuanto volvió a la comisaría, cabizbajo por la falta de resultados, se encontró con un mensaje de la inspectora jefe. Le conminaba a presentarse de inmediato en su despacho.Hassan acudió *ipso facto*, no convenía hacerla esperar. En cuanto entró, cerrando la puerta tras de sí, notó cómo aparecía en su espalda una húmeda inquietud, una traicionera prueba de su biológica imperfección.

Hassan se obstinaba en conservar los rasgos que la naturaleza le dotó al nacer, hacía ya ciento cuarenta años. A pesar de que aquel era su octavo o noveno cuerpo (había perdido la cuenta), siempre pedía una copia más o menos exacta del primero, con una edad aparente de treinta y tantos. Era un tipo de tez morena, cabellos y ojos que se retrotraían a sus lejanos antepasados argelinos. Las orejas sobresalían más de lo estéticamente recomendable pero él no tenía intención de corregirlas, como tampoco su gruesa y nudosa nariz. Su complexión física, achaparrada pero robusta, terminaba en unas manos gigantes que daban la errónea impresión de que Hassan era un animal de fuerza bruta.

Frente a él, la amenaza de unos ojos fríos y prepotentes. La inspectora no se molestó en levantarse ni en saludar como gesto de cortesía. Le molestaban esas primitivas costumbres humanas, la mera idea de tener que interactuar con ellos mediante un cuerpo le parecía odiosa. Por mucho que este fuera obra de la mejor tecnología disponible, un maravilloso conjunto de estilizadas ramas de fibrocarbonos y servomotores atómicos, no dejaba de ser un cuerpo sujeto a la corrupción del mundo físico.

–Me han llamado ya de tres medios de comunicación, la alcaldesa, le ministre y le presidente de la República. ¿Qué se supone que les tengo que decir, Hassan? –disparó, airada.

*Tú sabrás, que por eso eres la jefa –pensó Hassan.*

–Diles que estamos investigando el caso y que en breve obtendremos resultados –respondió Hassan.

–Hassan, te asigné este caso porque consideré que estarías a la altura. Llevas ya seis meses y no solo no obtienes resultados sino que la situación se ha agravado. Quiero explicaciones.

*Me encargaste este caso porque era una mierda con la que no querías que se ensuciaran tus queridas IAs. Y me dejaste bien clarito que no perdiera mucho tiempo investigando, que solo era un tío pintarrajeando las paredes, que renovar pasaportes era prioritario. Si te sorprende que no esté resuelto es que eres más incompetente de lo que creía –se calló Hassan.*

–En la primera pintada pregunté a los vecinos pero nadie vio nada. Analicé las grabaciones de las cámaras de la zona y, para mi sorpresa, el grafiti aparecía solo. Lo estudié con más detalle y descubrí que lo habían dibujadonanorobots, invisibles a simple vista. Encontré varios de ellos y los llevé al laboratorio, pero no hallaron huellasni muestras de ADN, así que no pude identificarlo –expuso con profesionalidad–. Ese mismo patrón se ha repetido en todas y cada una de las pintadas: no hay testigos, no hay huellas, no hay ADN. Es un capullo muy listo –añadió Hassan con un punto de admiración hacia su rival.

–Así que no tenemos nada –se irritó la inspectora.

*Bueno, yo tengo ganas de partirte tu robótica cara –pensó Hassan.*

–Sabe que vamos a por él. Por eso toma tantas precauciones. Pero, al creer que va ganando la partida, se está volviendo más atrevido.Tarde o temprano cometerá un error y lo atraparemos. Solo es cuestión de tiempo –aseguró Hassan.

–El tiempo es un lujo que no podemos permitirnos. Quiero resultados y los quiero ya. Quedas liberado del resto de tus obligaciones. Dedícate en exclusiva a ese grafitero. Y Hassan…

–¿Sí, inspectora?

–Si quieres tener algún futuro en el cuerpo más vale que no me defraudes.

Sin ninguna pista que le orientara hacia la identidad del sospechoso, Hassan recurrió a todos los recursos posibles. Probó suerte con los foros sobre religiones que pululaban en la red. Restringió su búsqueda a usuarios que estuvieran radicados en Francia y que fueran activos en ese momento. Eso le dio una lista de unos cuatrocientos sospechosos.

Su grafitero estaba allí, lo sabía, era alguno de esos cuatrocientos foreros que danzaban en el anonimato de la red. ¿Pero quién? Revisó los perfiles de todos y cada uno de ellos y eliminó los que se interesaban por otras religiones además de la cristiana. Con ello redujo su lista de sospechosos a un centenar. Esperaba que entre esa lista destacara alguien con signos de radicalismo o, al menos, que no fuera un mero curioso por el fenómeno religioso sino que se tratara de un sincero practicante.

Nada, ninguno de esos foreros despertó sus sospechas.

Fuera quien fuera, ese maldito cabrón estaba siendo extremadamente prudente.

Decidido a encontrar pistas, Hassan aparcó el mundo virtual y salió patearse las calles de la ciudad. Quedaban once iglesias abiertas en París. Disciplinado, las visitó todas. Por supuesto, ninguna realizaba oficios religiosos: el cristianismo –al igual que el resto de religiones– llevaba doscientos años muerto. Las pocas iglesias que se mantenían abiertas lo hacían por su valor histórico y, bueno, porque atraían a una legión de turistas ávidos de dejarse el dinero. En algunas de ellas incluso se realizaban recreaciones de los oficios religiosos, con actores que representaban el papel de sacerdotes y de fieles.

Examinó las grabaciones de las cámaras de seguridad en busca de cualquier comportamiento anómalo pero nada llamó su atención. Infatigable, se hizo pasar por un turista más. Paseó, tomó hologramas y compró *souvenirs* mientras, atentamente, buscaba a gente que se delatara a sí misma santiguándose o rezando.Pero, de nuevo, obtuvo un ingrato vacío como respuesta.

Habló con los responsables de la conservación de las iglesias. Tal y como esperaba, todos eran máquinas. Nadie confiaba en la limitada biología humana para ocupar un cargo directivo.

–No, no he visto a ningún cristiano practicante –le informó el conservador de la catedral de Notre Dame, una IA alojada en un recóndito servidor y que se aparecía a Hassan en forma de holograma. Adoptaba la forma de un hombre adulterado por la edad, poseído por redondeces adiposas y coronado por la calvicie. Daba la impresión de estar más estropeado que la catedral que tenía que conservar–. Las religiones desaparecieron hace doscientos años.

–¿Cómo está seguro de que las religiones se extinguieron del todo, que no quedó ningún grupúsculo irreductible?

–Por si no lo sabe, antes de la Singularidad los humanos eran mortales –explicó la IA con una sonrisa indulgentebajo la que colgaba su generosa papada holográfica–. La muerte era algo que aterrorizaba a los humanos y las religiones se desarrollaron para responder la pregunta fundamental de qué sucede tras la muerte.

Hassan permaneció circunspecto. Ya sabía qué significaba ser humano, mucho mejor que una máquina. No había ido allí para que una paternalistaIA se lo explicara. Pero no quería causar problemas, si daba rienda suelta al enfado que acumulaba dentro solo lograría que aquella IA viera confirmados sus prejuicios. El estereotipo de «humano enfadado» estaba muy extendido entre las máquinas.

–Lo sé –se limitó a decir, sin siquiera pestañear.

–La Singularidad lo cambió todo. En el momento en el que la consciencia se pudo digitalizar, bastó implantarla en un nuevo cuerpo para burlar la muerte. Y, una vez, los humanos se hicieron inmortales ¿qué sentido tenía la promesa de una vida *post mortem*?

–La tiene, sin embargo, para alguien –apuntó Hassan.

–Un perturbado. Humano, sin duda –añadióla IA con desprecio.

Esta vez Hassan no se pudo contener y atravesó con la mirada la traslúcida imagen del holograma.

–Déjeme a mí las valoraciones –advirtió.

–Por supuesto, no quería decir que… –quiso excusarse la IA, moviendo con torpeza sus generosas carnes holográficas.

–¿Podría ser que el grafitero no tuviera implante, que fuera alguien mortal? –la interrumpió Hassan,sintiendo un malévolo placer al poner a una IA en su sitio.

–No quedan mortales en este planeta –le aseguró la IA, su avatar se relajó en un sillón virtual–. Tras la Singularidad algunos grupos renunciaron a volcar sus conciencias en la nube pero todo cambió con la epidemia del VIH-4 y sus doscientos millones de muertos. La enfermedad apenas supuso una molestia para quienes podían resucitar pero, para los que renunciaron al implante, significó la muerte definitiva. Entre ellos, muchos niños cuyos padres no les pusieron el implante. Solo en Francia murieron diez mil de esos pequeños. Para evitar que semejante tragedia se repitiera se hizo obligatorio que los padres instalaran el implante en sus hijos. Por supuesto, una vez el individuo alcanzaba la edad adulta podía quitarse el implante pero ¿quién renunciaría a la inmortalidad?

–Nadie –admitió Hassan.

–Correcto. Nadie. Y una vez desaparecieron los mortales ¿quién necesitaba a los dioses? –zanjó la IA con satisfacción.

Perdido, Hassan buscó expertos en el tema religioso. No quedaban muchos eruditos en el arcaico asunto de la fe. Se consideraba un saber obsoleto, anticuado por su propia reticencia a seguir el trepidante ritmo de la tecnología. Preguntó a todos los profesores de religión de Francia si habían tenido contacto con alguien extraño, alguien capaz de saltarse la ley. Todos respondieron negativamente, salvo uno de ellos.

El despacho de Judith Cohen, catedrática de la Universidad de la Sorbona, era una ventana al pasado. Las paredes rebosaban de símbolos de un tiempo en el que los humanos, culmen de la Creación, aspiraban a la divinidad. Una gran crucifixión presidía la pared; el Cristo miraba dolido hacia abajo, envidiando la suerte de un sonriente Buda que descansaba en el suelo. En un rincón, las palabras de un Corán esperaban que alguien leyera su ondulante belleza. Un candelabro judío reposaba indiferente en una estantería, acosado por la agresiva diosa Kali que exhibía, desatada, la sangrante cabeza de un demonio.Envolviendo los símbolos religiosos había libros. Los tomos, desordenados, amontonados, parecían ansiosos por derramar el contenido que contenían sus cerradas páginas.

La propia Judith se sentaba en el regazo de esas estanterías llenas de antigua sabiduría. Esperaba a Hassan tras una barnizada mesa de caoba. La catedrática vestía según una moda que Hassan no supo concretar pero que parecía pre-Singularidad. El cabello teñido de color violeta, un amplio tatuaje tribal en la mandíbula inferior y un vestido de grafeno metalizado que se pegaba a la piel y no dejaba hueco al aire ni la imaginación. Judith aparentaba no más de veinte años, aunque el registro civil desvelaba una cifra muy diferente: doscientos doce.

–Es una agradable sorpresa ver que el caso del grafitero lo está llevando un humano –mencionó Judith, estrechando su mano con firmeza.

–No es la primera persona que se sorprende al ver a un humano llevando un caso tan relevante –repuso Hassan, complacido al ver que se había ganado la simpatía de Judith–. Pero lo cierto es que me lo asignaron cuando no revestía importancia; ahora que la cosa se ha liado mi jefa está buscando una excusa para pasárselo a una IA.

–Típico de las máquinas –siseó Judith con rabia–. Da igual lo que hagamos, las oportunidades siempre son para ellas.Bien, agente ¿en qué puedo ayudarle? –preguntó, dispuesta, mientras se entretenía con un mechón de su cabello.

–Me dijo que hace ocho meses alguien extraño se puso en contacto con usted. ¿Qué me puede decir?

–Poca cosa –admitió Judith encogiéndose de hombros–.Solo hablé con él por correo, a decir verdad ni siquiera sé el nombre, edad, sexo o dónde vive.

–De todos los eruditos en religión del país, usted es la única con la que contactó. Debe haber una razón. ¿Podría tratarsede algún conocido, antiguo alumno…? ¡Haga memoria! –la apremió.

–No me recuerda a nadie que conozca. Pero creo que hay un motivo por el que contactó conmigo y no con cualquiera de mis colegas.

–¿Cuál? –preguntó Hassan, adelantándose ansioso sobre la mesa.

–De todos los catedráticos de religión del país, soy la única humana. ¿Si usted estuviera convencido de que es cristiano, se lo confesaría a una IA?

Hassan asintió mientras tachaba de su mente otra línea de investigación: no había ningún vínculo entre Judith y el autor de los grafitis. Deglutió saliva y se preparó para el siguiente asalto. No se iba a rendir hasta ponerle las manos encima a ese escurridizo criminal. Les demostraría a esas malditas máquinas lo que un humano era capaz de hacer.

–¿Qué le llamó la atención de los correos que le envió? –probó Hassan, ocultando su inquietud tras una capa de profesionalidad.

–Estoy acostumbrada a que me envíen correos para preguntarme sobre tal o cual tema, pero este… –dudó– Era diferente.

–¿En qué sentido?

–Mucha gente se pone en contacto conmigo porque tienen dudas técnicas. A veces son muy básicas, como si el cristianismo y el islam eran la misma religión –explicó con un mohín de desaprobación–. Otras son más complejas, como la infalibilidad del Papa. Pero este mensaje era diferente. Su remitente parecía personalmente involucrado en el fenómeno religioso.

–¿Involucrado?

–Esta persona me dijo que había cometido un acto ofensivo a los ojos de Dios. Lo llamó, literalmente, «crimen contra natura». Estaba sinceramente preocupada por su alma ¿entiende?

–¿Especificó de qué «crimen contra natura» se trataba? –preguntó Hassan, atento a cualquier posible pista.

–No.

–¿Qué le dijo usted?

–Le dije que los humanos habían interpretado los designios de Dios de forma diferente según la época –explicó con pausada precaución–. Pero que, según los cristianos, si tenía fe, respetaba los mandamientos y se arrepentía de sus pecados, Dios le perdonaría.

–¿Había recibido mensajes de este tipo anteriormente?

–No. El cristianismo, al igual que todas las religiones organizadas, lleva doscientos años muerto. Pero este tipo está sinceramente convencido de que es cristiano.

–¿Le parece que está trastornado? –se alarmó Hassan ante la perspectiva de encontrarse frente a un loco capaz de hacer cualquier cosa.

–A las IAs les gusta retratarlo como un loco extremista –soltó Judith añadiendo una risa liberadora– perono lo es más que nuestros antepasados. Solo estaba preocupado por su alma, nada más.

–Las IAs están muy nerviosas por este tema –concordó Hassan.

–No me extraña –dijo la profesora, sacando a relucir su pose didáctica–. Las religiones trataron mal a las IAs. Para ellas, la idea de que las IAs tuvieran alma o gozaran de los mismos derechos que los humanosera, sencillamente, inaceptable. Surgieronmovimientos extremistas; atentados como el de Munich, en el que un virus informático acabó con la vida de cinco millones de IAs.

–Hace mucho tiempo de eso –objetó Hassan.

–Sí, pero las IAs no lo han olvidado. Algunas de ellas incluso estaban aquí cuando eso sucedió. Por eso el mensaje «SOLO CRISTO DA LA VIDA ETERNA» les resulta profundamente ofensivo. Les recuerda los tiempos en los que las religiones decían que eran unos monstruos sin alma o incluso clamaban por su exterminio.

–Hace mucho tiempo de eso –insistió Hassan acalorado, harto de esa simpatía por unas IAs que llevaban siglos gobernando el mundo–. Las IAs ponen el grito en el cielo porque un idiota les recuerda que no tienen alma pero ellas, hipócritas, nos tratan como seres de segunda.

–Cierto –se avino Judith, sintiendo una punzada de culpabilidad por haber defendido a las máquinas frente a los humanos.

Ambos guardaron silencio, mejor callar que estropear aún más las cosas. Una precaria tregua solo rota por la entrecortada respiración de Hassan. El policía se maldijo a sí mismo por su poca profesionalidad. La investigación estaba llegando a un callejón sin salida y él, en lugar de buscar nuevas vías, se dejaba poseerpor el maligno espíritu de la frustración. Su habitual calma, ahogada en un torrente de visceral adrenalina. Lo notaba en su pulso acelerado y sus músculos en tensión.

Hassan inspiró hondo y lo intentó de nuevo.

–¿No recuerda ningún detalle que nos pueda dar una pista? –insistió.

–Un momento –recordó Judith, capturando el momento con un dedo erguido–. En el último correo que me envió preguntó por la Basílica del Sagrado Corazón, en Montmartre. Le interesó en particular que desde 1885 hasta 2115 hubo rezos ininterrumpidos en la basílica, día y noche, sin parar, ni siquiera interrumpidos por las dos Guerras Mundiales.

–¿El Sagrado Corazón, en Montmartre?

–Sí.

Hassan sonrió.

*Ya eres mío*.

Hassan esperaba. Era lo único que podía hacer. Atrapado en un caso irresoluble, se aferraba a su última oportunidad para salir del fango.

Llevaba semanas en el Sagrado Corazón, trabajando de incógnito como guardia de seguridad. El típico empleo de un humano, el clásico aparcadero para los desahuciados. Una figura aburrida, muda, ignorada por todos, que vigilaba la entrada y rondaba por los pasillos. Sus pasos comedidos pasaban desapercibidos entre el irrespetuoso bullicio de los turistas.

Hassan esperaba. Observaba atentamente los movimientos de quienes entraban en la basílica, guardaba sus caras en la infinita memoria del implante y esperaba. Siempre esperaba. Las horas caían una detrás de otra, indiferentes a la impaciencia de Hassan. Solo podía confiar en que tenía razón y que, tarde o temprano, el anónimo grafitero se descubriría a sí mismo.

Pero semanas de atenta observación no habían dado frutos. Hassan no estaba sorprendido, un tipo capaz de burlar la vigilancia de las cámaras de seguridad, no dejar huellas ni ADN y enviar correos electrónicos sin revelar su identidad no iba a ser tan torpe como para ponerse a rezar en público.

La inspectora no era tan comprensiva. Le había dado un ultimátum. Dos días más para encontrar a ese humano loco. Si no lo encontraba en ese plazo, asignaría el caso a alguien más competente, a alguien que fuera una máquina.

Hassan sentía el metálico aliento de la inspectora en su desprotegida nuca pero estaba en paz consigo mismo. Había hecho todo lo que había podido.

Aquel era su penúltimo día para resolver el caso y parecía que su rival había ganado la partida. Hassan sentía respeto por aquel tipo que se burlaba de las arrogantes máquinas y les mostraba que, a pesar de todo su poder, se las podía doblegar mediante unas simples palabras en el mapa.

Hassan caminaba por una de las capillas laterales del Sagrado Corazón, apartado de las multitudes que se peleaban por sacar las mejores fotos del altar mayor. Se arrastraba doblando la cerviz, sumido en pensamientos de derrota, cuando se topó con lo inesperado. Algo que no debía estar allí.

La trémula llama de un cirio iluminaba un olvidado rincón de la basílica. Una aparición fantasmagórica de un mundo que todos creían desaparecido. La última luz de París, el último vestigio del genio humano, el último brote de una religión condenada por la historia. Allí estaba, iluminando el camino hacia la resolución del caso.

Hassan miró a un lado y a otro, sin que sus ojos se encontraran con ningún otro. No tenía ninguna pista de quién había sido, solo que su autor estaba allí, por algún lado. Entre tanto, la hipnótica danza de la vela copaba su atención. Le llamaba, le atraía. Y, por primera vez, comprendió por qué esa fatua esperanza movió multitudes.

Se quedó allí, parado ante la llama que la humanidad había perdido, la esperanza que se había apagado entre los tentadores cantos de inmortalidad y la insultante superioridad de las máquinas. Hassan añoraba esa época en la que los humanos eran los reyes de la Creación, en la que solo se dejaban llevar por sus propios sueños. Y esos sueños estaban allí, aún vivían en aquel fuego danzarín.

En ese portavelas había muchos otros cirios. Llevaban allí años, olvidados, relegados a la función de ser un mero decorado cuando deberían estar liberando el mundo de las tinieblas con la mera fuerza del espíritu humano.

Hassan eligió una vela. La cogió titubeante y se preguntó cómo se debieron sentir sus antepasados al encender una de esas candelas. Decidido, activó un emisor de rayos W que tenía alojado en la mano y la vela cobró vida, apartando la oscuridad.

Oyó unas pisadas. Alguien se acercaba a ese escondido santuario. Con rapidez, dejó el cirio encendido en el portavelas y se escondió tras una columna. Desde su refugiofue testigo de cómo el sospechoso se detenía, se arrodillaba y, para reafirmar su culpabilidad, se santiguaba en un gesto que solo haría un verdadero cristiano.

–¡Milagro! –exclamó el sospechoso con voz queda y pasión renovada cuando vio el portavelas.

Hassan tenía la resolución del caso al alcance de la mano pero, a pesar de eso, quedó petrificado. No podía ser. La figura arrodillada frente al portavelas tenía un hechizo de irrealidad.

Aquel cuerpo que irradiaba beatitud, aquel ser que profesaba profunda fe en Cristo, preocupado por si su propia existencia constituía un crimen a los ojos de Dios, era el cuerpo de un androide. Tenía servomotores en lugar de músculos, baterías y piel de plástico y metal.

El último cristiano de la Tierra era una máquina.

Para Hassan, la victoria tenía un sabor agridulce. Por un lado, las máquinas acababan de despojar a los humanos del último reducto que les quedaba, ahora ni siquiera la religión era una barrera infranqueable para ellas. Pero, por otro lado, el peligroso criminal que había aterrorizado a las autoridades, el delincuente de pasiones arrebatadoras y conciencia irracional resultaba ser una máquina.

Hassan suspiró, reconciliado con el mundo. ¿Qué más daba si el delincuente era unaIA o un humano?

Se acercó al sospechoso y le puso la firme mano de la justicia sobre su hombro de plástico blanco.

–Policía –anunció Hassan–. Necesito hacerle unas preguntas, acompáñeme a la comisaría.

El androide apenas reaccionó. Se limitó a asentir con la cabeza baja. Era la expresión del culpable que sabe que, tarde o temprano, lo atraparán y, en el fondo, se alegra de ello.

–Hágase su voluntad –aceptó el androide con cristiana resignación.

Hassan y el sospechoso enfilaron el camino hacia la salida de la basílica. El policía volvió la vista atrás, mirando por última vez ese pequeño santuario que acababa de volver a la vida, tardíamente consciente de que, tal vez, como decía el androide, acababa de presenciar un milagro.

En el portavelas había ahora dos cirios encendidos. La última luz de París tenía compañía.